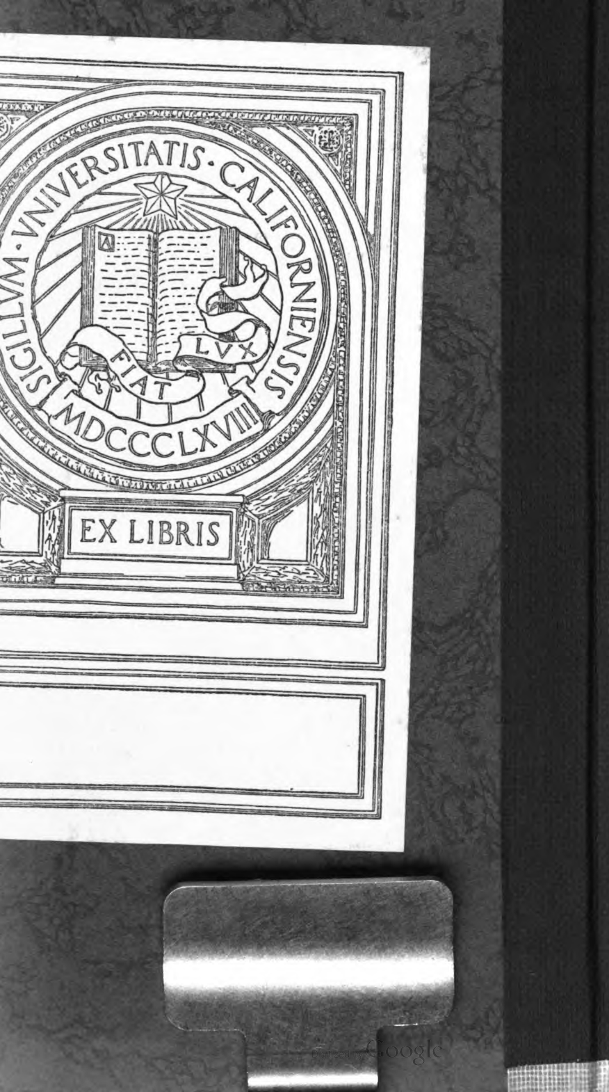

UC-NRLF
$B 258 441



Digitized by Google

MANUEL BERNÁRDEZ

LA MUERTE DE ARTIGAS

MONTEVIDEO

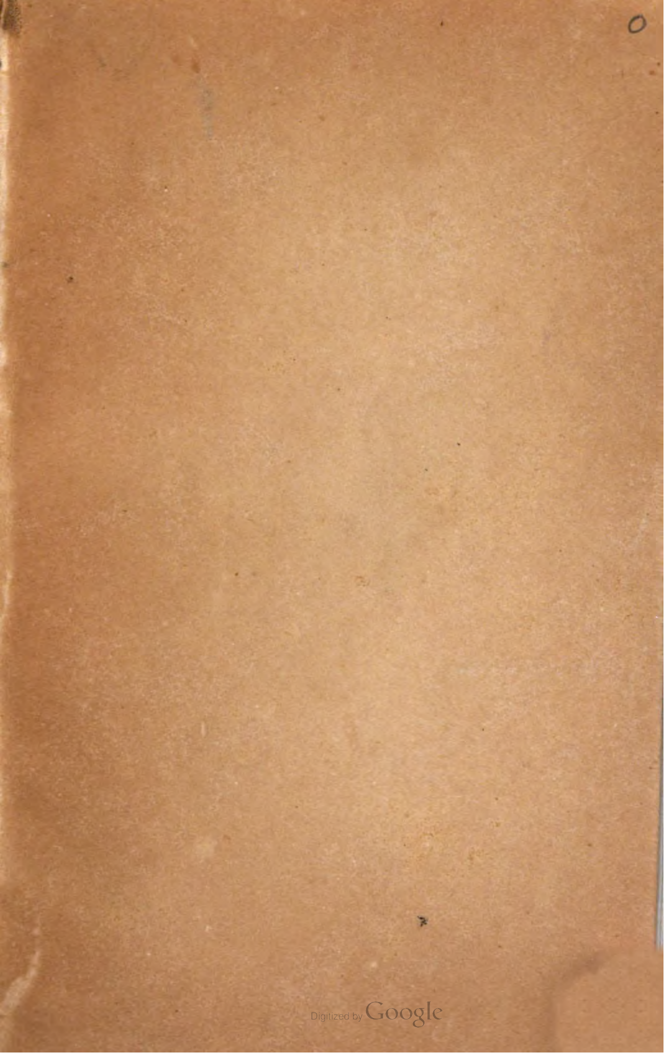
DORNALECHE Y REYES, Impresores

CALLE 18 DE JULIO, 89 Y 89 A

1891



SEGUNDA EDICIÓN





Jose Artigas



MANUEL BERNARDEZ

LA MUERTE DE ARTIGAS

Ei fù.

MANZONI.



MONTEVIDEO
DORNALECHE Y REYES, Impresores
89 - CALLE 18 DE JULIO - 89 A
1891





AL EXCMO. SEÑOR

DR. D. JULIO HERRERA Y OBES

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

Que en el llano y en el mar, á la luz del sol, de pie y frente al peligro, lidió por los nobles ideales de la PATRIA ;

AL EXCMO. SEÑOR

DR. D. CARLOS MARIA RAMIREZ

MINISTRO DE ESTADO

Autor de ARTIGAS, *libro fulgurante. que merece llamarse libro de la* PATRIA ;

AL EXCMO. SEÑOR

DR. D. JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

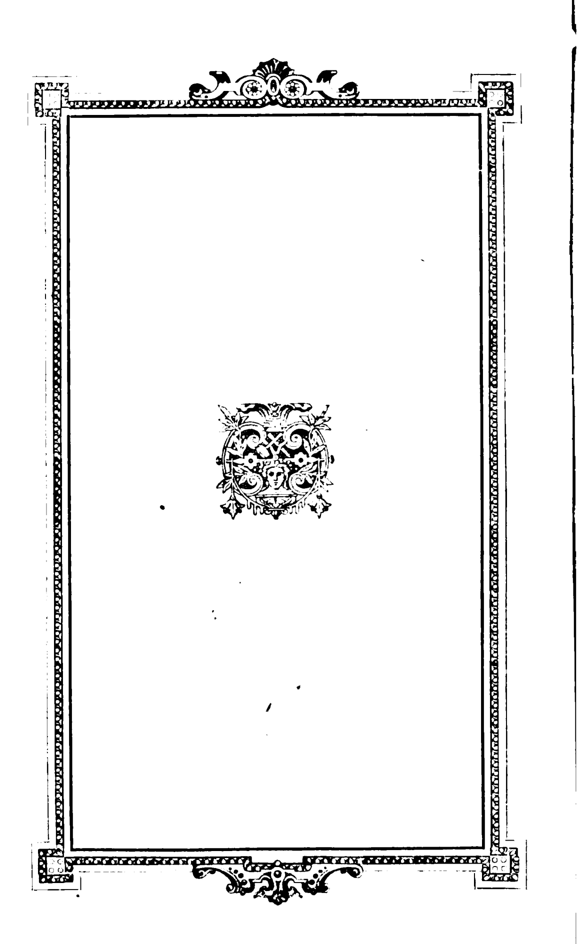
MINISTRO PLENIPOTENCIARIO

Cuya lira de hierro ha dado la más recia nota que podrá hallar la musa americana puesta á cantar una LEYENDA PATRIA,

Les dedica estos versos,

Manuel Bernárdez.





LA MUERTE DE ARTIGAS

Ei fù.

MANZONI.

I

ARDE del Paraguay.
Naturaleza
hacía de su mágica belleza
tan prodigioso alarde,
que parecía aquella dulce tarde
libre de la nostálgica tristeza
que el corazón embarga
y abate sobre el pecho la cabeza
en hora tal, para el que sufre, amarga;
para el que ama, de lánguida terneza;
para el que espera, cual ninguna larga.
Mediaba el siglo. En aquel bello día,
la Virgen Primavera renacía,
tendiéndose á reir sobre la alfombra
del verde campo. Majestuosamente

bajaba el sol. Y en la creciente sombra,
algo desde los cielos bendecía,
serena y mansamente,
la encanecida frente
de un hombre que moría.

II

Al comenzar mi canto,
éste mi canto vengador, no invoco
á la divina musa
que inspira al trovador en los festines,
y cantar de los altos paladines,
y de la gloria, y del dolor rehusa,
acobardada y trémula; tampoco
á la que dice los triunfales goces
del bardo de Vauclusa,
siempre soñando en el azul; ni pido
tus cariñosas voces,
¡oh soñolienta musa del Olvido!
¡Sólo te invoco á tí, Virgen estoica,
titánica inocente,
inflexible deidad, noble Justicia!
¡Traiga tu mano á mi ardorosa frente
la casta sensación de tu caricia,
y tu sonrisa cándida y heroica

descienda sobre mí!... Vibren tus ojos
rayos de punición, sobre el rebaño
de los crímenes rojos,
que se aprestan á huir. Tiemble el huraño
calumniador, cuando tu voz lo llame.
Sobre la frente vil, recaiga el daño
como candente plomo; y más funesta
vuelva la infamia al rostro del infame.
Entre tanto mi lira en la floresta
rebrille al sol, como una espada.
Presta
á su acento esas cláusulas de fuego,
ante el furor ó el ruego
vibrantes y derechas;
esas puntas de flechas
que prestas al que inspiras.
Tiende tu diestra: que el tumulto calle,
y arrebatada estalle
la nota de cien liras
en ésta que yo pulso.
Está templada
para los grandes cantos
de los nobles anhelos infinitos:
entre sus brazos gemirán los llantos,
y entre sus cuerdas gritarán los gritos.



III

El hombre que moría,
moría como el sol, solo y distante
de la tierra que otrora
fecundó con su amor. Y como el astro,
al hundirse en las aguas del Atlante
deja en pos una estela de reflejos,
él también, al morir, dejaba el rastro
de su vida fecunda y luchadora
dada á una patria—¡que tal vez ahora
era feliz sin él,—allá, muy lejos!

IV

¡Oh esperanzada juventud: si vieras
cómo moría el pobre desterrado!
¡cómo al morir pensaba alucinado
en la eterna visión de sus praderas!
de aquéllas, de las suyas, que veía,
evocando del último miraje
la vaga lontananza,
libres quedar, en memorable día!
¡Y veía acometer, baja la lanza,
su hueste de centauros,

hombres y potros en unión salvaje;
rodar contra las filas españolas,
como impetuoso río
trocado en mar de enfurecidas olas
que azuzara colérico el pampero;
volar al *entrevero,*
la homérica locura del jinete,
el frenesí del brío,
donde calla el cañón y habla el acero,
abriendo ancho boquete
á la bullente sangre,
rojo furor de las hinchadas venas;
hacerse allá un montón hosco y bravío
de dagas y melenas,
y del tremendo choque
la victoria surgir, como del toque
de la nube en la nube, surge el rayo
que en ancho surco las tinieblas labra
con fulmíneo zigzag — visión del día!

La noche acometió como un desmayo
á la indecisa luz; y en la sombría
calma, se alzó solemne la palabra
del hombre que moría:

«¡Dios: lo quisiste al fin! De mi existencia
la página postrera queda escrita.

Voy á esperar tranquilo la sentencia.
Bajo tu mano, en paz con mi conciencia,
voy á acostarme, — acaso en el olvido.
Tal vez la dura vida que he vivido
no se verá ensalzada ni maldita.
Si así ha de ser, será: lo habrá querido
tu bondad infinita.

¡Morir en el destierro y olvidado,
es dos veces morir!... ¡Perdón, Dios mío,
para esta queja amarga! Es la primera
que mi labio pronuncia, y la postrera
tú sabes que será. — Como el soldado
que orgulloso siguiendo á su bandera
cargó lleno de brío,
y herido en el encuentro, la derrota
lo obligó á huir á la lejana selva,
y allí esperando que su hueste vuelva
perdió la vida por la arteria rota,
así yo, voluntario
de la hueste patricia,
sin descanso lidié; y al fin vencido,
solo y á pie siguiendo mi calvario
con los girones de mi vieja gloria,
desencantado y en el alma herido,
esperé en esta selva la victoria
final de la justicia.

¡Me desangré esperando, y no ha venido,
y va á venir muy tarde!... ¡Cuando llegue,
ignorará tal vez en cuál osario,
en cuál rincón oscuro y escondido
descansará el errante solitario
que meditando en tí, se habrá dormido,
ah patria de mi amor!...
Nunca en mi alma
tuvo cabida el afrentoso miedo;
si vi á la muerte, la miré con calma;
si temblé, fué por tí. Pero no puedo
pensar sin frío, sin horrible frío,
que un hueco oscuro de una tierra extraña
recibirá en su entraña
este despojo mío,
y que el tiempo impasible
dejará que en silencio se destruya
sin que tu sol me bese con sus besos;
sin que sienta pesar sobre mis huesos
ni aun un puñado de la tierra tuya,
de mi tierra, ¡oh dolor!...»

V

Cortó su acento
duro sollozo, en un desgarramiento



de la nocturna calma. Y como al ruido
contesta el eco, contestó un gemido
á su sollozo. Levantó la frente
el héroe, sorprendido
de su propio lamento;
irguióse cuanto pudo, y con acento
viril, donde aun vibraba
algo de aquella voz que en otros días
en la hueste patricia retemplaba
las cóleras bravías
y el inmortal anhelo
de ver brillar, bajo el sombrío cielo
que la antorcha guerrera iluminaba,
de una patria naciente el áurea estrella,
con aquel mismo acento que mandaba
rechazar virilmente la coyunda,
y amar más hondo, cuanto más esclava
la tierra madre, y perecer por ella,
habló de nuevo el héroe.
En la profunda,
en la vasta y siniestra lobreguez,
él quizá comprendió que alguien oía
con atención sombría
su voz vibrando por postrera vez:

«¡Basta! Imagen oscura de la muerte,
no acauteles el paso. Ya no temo.

Siento llegar el fin arduo y supremo:
no es hora de gemir. El alma fuerte
ve la sombra llegar que de tí exhalas,
y dice en firme voz que no le arredras.
Acuérdate del pacto de las Piedras
y ve que me hallo bien bajo tus alas.
Me sorprendes aquí; pero en tu seno,
al de la patria, eternamente bueno,
al amoroso nido
donde no hay injusticia, ni abandono,
ni rencor, ni veneno,
ni defección, ni olvido,
acaso volveré. Si en ciego encono
los desencadenados elementos
arrebatan al árbol abatido
á riberas lejanas, — y violentos
dejan que abandonado á su fatiga
espere en vano una corriente amiga
que á la selva nativa le devuelva,
¿qué culpa tiene la nativa selva!
En el arduo momento se aquilata
el patriótico anhelo, que disculpa,
si es por la patria, todo:
el infamante lodo
que le arrojan, ó el hierro que le mata.
¡La patria nunca puede ser ingrata,
y si lo fuese... no tendrá la culpa,



cual no la tiene, no, mi hermosa tierra!
¡Cómo es dulce nombrarte!... ¡Patria mía!
¡Cuál llena mi pobre alma de alegría
el recordar que yo te adivinaba
entre una nube de borrasca y guerra;
el recordar que yo te presentía;
el recordar que en tu ciudad esclava
y en tu selva salvaje, yo sentía
á una patria viril que palpitaba
esperando una voz, divina ó brava,
        la de Dios ó la mía,
para surgir del seno de la noche,
y cual la flor al sol abre su broche,
abrirse en libertad al pleno día!

« Mi viejo corazón está conforme;
y al dejar de latir, siente el orgullo
de haber mecido á la divina infante,
        á la tierna gigante
que nació armada de una idea enorme,
        con el bélico arrullo,
cántico y diana de los pueblos fuertes
        que no pierden las horas
        contando sus heridas,
ni se doblegan al revés infausto!
        Que tras del holocausto
        glorioso de cien muertes,

ven resurgir mil vidas,
y despuntar auroras,
y florecer la libertad!
¡Tremendas
horas de fatigosa incertidumbre
viviste, corazón! — Estabas hecho
á la fiera costumbre
de respirar aliento de contiendas
y rumor de catástrofes. — El pecho
te parecía estrecho
para el heroico palpitar. — Radioso,
con fugitivos lampos
de claridad serena,
viste del sol el disco luminoso
dorar apenas los nativos campos,
y de la lucha iluminar la escena.
Pero aun no fuera en plenitud el día,
cuando volviste á ver, con honda pena,
cómo súbitamente anochecía.
Nos envolvió la sombra, — y la derrota
ahogó mi voz con su razón de hierro;
abrió ante mí sus brazos el destierro,
y ya sin fuerzas, la esperanza rota,
en ellos descansé. La vida ignota
cerróse tras de mí como un encierro,
y veinte años aquí, viví soñando
un doloroso sueño, — contemplando



el pasado con la ávida pupila
del recuerdo tenaz, que no se cierra.
¡Pero no me doblaste, desaliento!
¡No me dejaste, vida!
¡No pude ser cobarde
porque esperaba en tu denuedo, tierra!
La nube, el astro, la ilusión, el viento,
me contaban heroísmos de tu guerra
y murmuraban: «¡llegará el momento!»
¡Y llegó aquella tarde!
Un hombre de cabeza encanecida,
de reposado andar, solemne y mudo,
algo puso en mis manos temblorosas:
¡fué un sollozo, fué el grito mi saludo
del cautivo al dejar el subterráneo!
Con fulgor instantáneo,
en turbión, evidencias luminosas
brillaron en la noche de mi cráneo,
y mi mirada ansiosa, á su luz pudo
ver la divisa de tu santo emblema.
¡Era, patria, tu código y tu poema,
cantado en ritmo prodigioso y rudo!
¡era tu victoriosa democracia
dando á tu vida la sanción suprema!
¡era tu ley, la bélica armadura,
el acerado escudo
que ha de guardarte, luminosa y pura,



contra el furor sañudo
de la fuerza brutal y la desgracia!
¡era, por fin, tu libertad en pleno!
¡la que un día estreché contra mi seno
y besé con el beso de mi audacia!

VI

«¡Por fin! ¡por fin logrado
el suspirado sueño!...
Creí llegado
el punto de morir, y dí contrito
gracias á Dios, por todo
lo que su mano próvida me ha dado:
para mí el desatado
rencor, y las fatigas,
y el guerrero cuidado;
para mi tierra el sol.
—«Anciano Artigas,
dijo aquel hombre: «escúchame: ¡no tema
«á la artera injusticia tu memoria!
«Si vencida cayó en el anatema,
«alguien vió ya, que con su voz suprema
«llega á llamarla el Ángel de la Gloria
«al pórtico de bronce de la Historia,
«donde desaparecen los pequeños

y los que fueron grandes se agigantan.
Mientras sueñas aquí trágicos sueños,
allá, unos llevan tu memoria al crimen,
y otros, los tuyos, la alzan, la redimen,
la enseñan á sus hijos y la cantan.
¡Los que humilló tu brazo te deprimen;
los que por tí son libres, te levantan!
. . . .
. . . .

VII

¡Viví, sufrí, luché: y al fin de todo
gocé. ¡Gocé de formidable modo,
gocé por una vida! ¡Inmenso goce
que no puede sentir quien no conoce
lo que es amor de patria! ¡quien no sabe
sentir esta pasión virgen y suave,
esta dulce y recóndita alegría
que al ver lucir sobre la patria el día
se apodera del alma y la despierta,
y nos canta en el pecho como un ave,
y galvaniza la esperanza muerta!
Esperanza de verte, tierra mía,
virgen, triunfante, poderosa y casta,
como en mis sueños grandes te veía!. . .

Me duró la agonía
para alcanzarlo: ¡basta!...
La bendición del Dios omnipotente
baje sobre mi frente
y la honda huella del rencor destruya.
Yo tomaré después esa fragancia
divina, y á través de la distancia
la iré á dejar sobre la frente tuya.
Luché por tí. Dios premia la constancia...
Tú naciste... Vencimos... Yo me muero.
Voy á buscar mi sitio en el ocaso.
Sueño mortal: ya espero...
¡Dios!... ¡Patria!... ¡Campo!... ¡Quiero
que no me tiemble el paso!...

VIII

Murió.
La noche suave
sintió en su seno el fin de aquella vida,
y despertó de pronto, estremecida
de horror sagrado. Soñolienta y grave
quedó velando al muerto. Por las frondas,
volando de través, andaba el ave
de pupilas redondas
que llama á los fantasmas. En legiones



los espantos nocturnos
fueron llegando sin hacer ruido,
y al ver la faz radiosa del vencido
lo quedaron mirando taciturnos.
A su pesar rezaron. — De la luna
la blanca luz, tendida en el bruñido
cristal de la laguna,
se veló en nubarrones
cual una faz en funerarios velos;
y en la solemnidad de aquel minuto,
como envolviendo su silencio en luto,
se oscureció la noche hasta los cielos.
Algo llegó sin duda á la distante
tierra que el moribundo bendecía,
porque el viejo Uruguay, el buen gigante
que da á la patria guardia sempiterna,
al ir pasando en su carrera eterna,
pareció que gemía.
Y en su costa sentado,
con las alas tendidas,
y las pupilas lúcidas, perdidas
en yo no sé qué fugitiva estela,
con el aire apenado
de quien la nueva de un dolor recela,
el Angel luminoso de la patria
pasó la noche en vela.



IX

Y yo iba, de la vida
llevado por la ráfaga tremenda,
buscando algún abrigo
donde plantar mi tienda, —
buscando un viento amigo,
un dulce viento que quizá no existe, —
y halléme un libro, — la primera piedra
de colosal pirámide, — la palma
de una guirnalda atlética, — y el triste
detuvo el paso y se erigió en testigo.
Tu culto, Artigas, se abrazó de mi alma
como se abraza del peñón la hiedra;
mi espíritu á tu espíritu sujeto,
por el sendero que juzgó más corto
avanzó hacia el ideal: halló su objeto;
y con el aire absorto
del que busca un secreto,
leí tu historia sombría,
cuyas hojas homéricas volvía
el furioso huracán de los rencores
despertados al golpe de tu sable.
Oí resonar tu voz de profecía;
vi de tu sol los prístinos fulgores;
vi tu gloria crecer, como la espuma,

y perenne quedar, cual la montaña
que rebasando la marina entraña,
en su calma granítica, inmutable,
al huracán y al tiempo desafía.
Y despierto en la noche, frente á frente
con mis arrebatados pensamientos,
que sacuden á mi alma rudamente,
como sacuden al bajel los vientos,
te ví en Santa María,
fiero y audaz, vencer á la derrota
y dar á tu clarín la última nota
triunfal. — Ví la osadía
con que entonces tronó sobre tus émulos,
como el rayo de Dios sobre los muros,
tu palabra, sublime de energía;
¡ y eras tan grande, que ellos, aun seguros
de tu impotencia, se miraron trémulos!
Todo lo ví. Canté de tu victoria
el romancesco peán: lloré tu pena.
Al ver el lodo salpicar tu gloria,
pensé que la calumnia es felonía.
Luego... al ceder tu frente venerable,
arrancó al Paraguay mi fantasía
tu página mortuoria,
¡ y entonces. ante mí, grande y serena,
se levantó tu sombra formidable!
Corrió la inspiración por mi memoria

como un corcel sin freno; miré alzada
tu grandeza de roca como un sino;
ví que era para mí roca Tarpeya
donde iba á caer mi audacia despeñada;
pero viendo en la caída mi destino,
cuando mi lira restalló, azotada
por el ala caudal de tu epopeya,
me detuve á cantar en el camino.

X

¡Bien estarás, libertador, ahora!
La amazona gentil de fuerte brazo,
la de seno sin ira ni abandono,
ni defección, ni encono,
detuvo su corcel de luchadora,
volvió á la vaina el victorioso hierro,
y al llegar su gran hijo del destierro,
lo recibió llorando en su regazo:
que heroína lucha, pero madre llora.
Y como otrora ya, fuerte y pujante,
y amante como otrora,
ordena al patriotismo vigilante
que guarde las cenizas del soldado,
del prócer denodado
que plantó altivo el poderoso germen



de libertad, en el panteón sagrado
donde los buenos de la patria duermen.

Y allí estás, esperando
de la postrera diana
el retumbar sonoro
que anuncie la mañana.
Y tu esperanza, como el sueño de oro
de la idea inmortal que simbolizas,
en la infinita soledad nocturna
se sienta junto á la urna
que guarda tus cenizas.

XI

Y cobrando de nuevo la amazona
de su corcel batallador la rienda,
avanza al porvenir, por la ancha zona
de la azarosa vida y la contienda.
Por instantes los duros elementos
la amenazan con bárbaro fracaso,
pero pasa la nube tempestuosa
y reaparece con seguro paso,
soberbia y luminosa,
abierto el pecho á los marinos vientos,
á los vientos que arrastran, de lejanas

naciones, los estrépitos
con que ruedan las cosas soberanas
en los pueblos decrépitos;
y á las rachas viajeras, que han corrido
á través de las ansias europeas,
y con jadeante ruido
pasan y van, dejando en las orillas
del Uruguay, semillas
de rosas y de ideas.

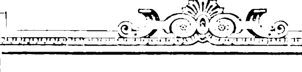
XII

¡Y adelante! ¡adelante!
¡El bridón resollante
con rudo galopar hiere el camino,
y ella el asombro á su belleza atrae,
y lucha, y siembra, y canta!
Por cada peña que á su esfuerzo cae,
una estrella en su cielo se levanta
y alumbra su destino.
Irá marcando el golpe de su planta
atlética y pujante,
el luminoso polvo de sus huellas,
hasta llegar al fin: cuando radiante,



con el triunfo de América, triunfante,
coronada de palmas y centellas,
termine, como el Dante,
su divina canción en las estrellas.







NOTAS

DE LA PRIMERA EDICIÓN

«*Tarde del Paraguay.*

. . . . »

CAP. I, pág. 5.—No me fué posible, á pesar de prolijas investigaciones, encontrar un dato que señale la hora de la muerte de ARTIGAS. La hora de la tarde es elegida por mí como elemento poético.

En cuanto á las demás referencias de este capítulo:

«*Mediaba el siglo. En aquel bello día*
la Virgen Primavera renacía»,

quedan explicadas recordando que ARTIGAS murió el año 1850 y día 23 de Septiembre, primero de Primavera.

«*¡Dios: lo quisiste al fin!*. . . . . »

CAP. IV, pág. 9.—El fervoroso sentimiento de Dios que pongo en las palabras de ARTIGAS no es el resultado de mis creencias religiosas: lo es de un estudio detenido, en que he consultado en lo posible las suyas y las de su hogar nativo, su carácter, su época y la natural é inevitable influencia de su vida, tormentosa primero y solitaria

luego, sobre sus sentimientos religiosos. En el desierto, presa de sus recuerdos y su nostalgia, en el solemne trance de la muerte, necesitaba ARTIGAS un interlocutor. ¿Cuál sino Dios?... Los grandes solitarios acaban por dirigirle la palabra.

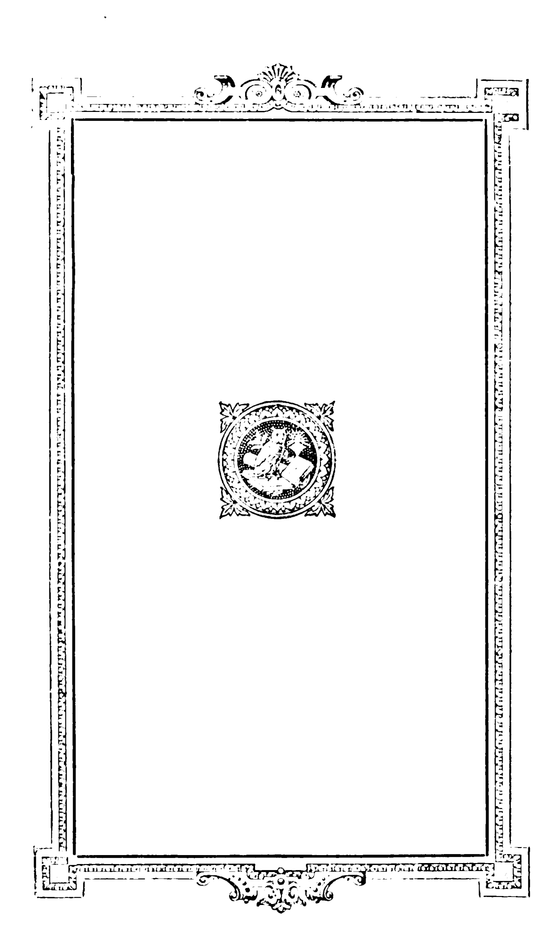
«............ *Y como al ruido*
contesta el eco, contestó un gemido
á su sollozo.......................»

CAP. V, pág. 12.—No correspondían al plan de mi canto más personajes que el moribundo, la Naturaleza y la noche con su cortejo de sombras y fantasmas, para solemnizar el momento sagrado de la muerte. Después el Uruguay y el Ángel de la Patria. Pero en esta nota siquiera, quede una caricia para la memoria del leal, del viejo Ansina, que acompañó al Jefe de los Orientales en sus triunfos y en los eternos años de su destierro. Ansina tenía noventa y cuatro años cuando murió ARTIGAS, es decir, cuatro más que él. Lo asistió en su agonía y lo lloró con lágrimas de soldado y de humildísimo hermano en heroísmos. Supongo suyo el gemido que oye ARTIGAS en la sombra y que lo hace dominar la momentánea flaqueza con la férrea voluntad de su gran espíritu.—Hubiera sido un acto de alto civismo conducir á la patria las cenizas del soldado con las cenizas del prócer. Quien con tanta lealtad lo acompañó en la vida había ganado el derecho de acompañarlo en la muerte y tomar su parte, como bueno y humilde que fué, en el gran premio póstumo.

La sombra de ARTIGAS aprobaría desde lo alto.

Creo inocente expresar que no he pretendido hacer hablar á ARTIGAS *como hablaba.* He estudiado su personalidad, su época y el rol formidable que en ella le cupo desempeñar para dicha y honor nuestro; he buscado con el espíritu las circunstancias de su vida en los últimos treinta años, el efecto que en su alma produjo la noticia, bruscamente sabida, de la libertad de su país, la visita de Bompland, que le entrega la Constitución, (á cuyo episodio se refiere el cap. V), y acumulando sus reflexiones, sus ansias y sus caros anhelos de moribundo, los he intentado traducir en lenguaje poético. Si el gran carácter á cuyos postreros destellos pretendo asistir, resulta de mis versos verdadero ó falso, lo dirá la crítica; lo dirán los que aman á esa gigante figura histórica, y hasta lo dirán los que no la aman, si atacan la verdad de mi humilde trabajo.

Esto último no indica que yo pudiera contestar á alguna invectiva que contra ARTIGAS ó mi poema (no como obra de arte) pudiera surgir, si es que este trabajo de cinco ó seis días de fiebre merece el honor de ser tomado en cuenta. Creo que es cosa juzgada. Después del libro de Carlos María Ramírez ya no cabe la discusión. La pasión niega y el civismo afirma. Otro levantó la estatua. Yo le ciño mi tosca guirnalda silvestre. Ramírez discutió, probó, venció. Yo he cantado á la muerte triunfante.





OBRAS DE MANUEL BERNARDEZ

PUBLICADAS:

CLAROS DE LUNA, versos........... 1 t.
25 DÍAS DE CAMPO.................. 1 t.
CONFIDENCIAS, poema.............. 1 t.
AVE MARÍA, canto en prosa......... 1 t.
LA MUERTE DE ARTIGAS, 2.ª ed.... 1 t.

PRÓXIMAS Á PUBLICARSE:

EL DIAPASÓN, música literaria...... 1 t.
BIOGRAFÍAS DE VIVOS, ensayo de género............................. 1 t.
MAESTROS DE MAESTROS............ 1 t.
LA CUERDA DE BRONCE, poemas.... 1 t.
FLORES DEL AIRE, versos........... 1 t.
CANTOS EN PROSA.................. 1 t.

